PARÁBOLA DEL NIÑO QUE SE PERDIÓ

La doncella dejó de hablar con el hombre de los pantalones verdes. Miró inconscientemente al cielo y vió sólo—en eso fué en lo que se fijó—una pequeña nube del tamaño de una cuchara sopera. Sacudió nerviosamente el delantal de seda color ocre pálido, y dijo con rapidez torpe: «Mire, déjeme ya; ¿y el niño?»

Iba buscando al niño, enloquecida. Había ido de aquí para allá, recorriendo todo el parque dos veces. Se había hecho muy tarde. El hombre de los extraños pantalones volvió a verla, y aunque era muy dejado con todas las cosas, y nunca hacía nada, excepto estar allí, con sus pantalones verdes, hizo como que se preocupó. Llamó a la doncella, que se había sentado, lívida, en un banco. Le dijo: «Bueno, no se ponga así. Déjeme que le busque yo también.» Y se dispuso a recorrer de nuevo el parque, mientras a cierta distancia, muy cansada, seguía sus pasos seguros la infeliz doncella.

El hombre del pantalón verde está ahora delante del mostrador, tranquilo, inútil, bebiendo un vaso de vino tinto. «¿Qué ha hecho usted hoy? Dígame, ¿qué ha hecho?», le pregunta el dependiente. «Pues nada—contesta—. Yo nunca hago nada.» «Está bien; pero algo habrá hecho—inquirió de nuevo el dependiente, sin evidenciar demasiada sorpresa—. Dígamelo.» El hombre del pantalón verde terminó su vaso y pidió otro. Mientras dijo: «Buscar un niño, ¿te parece poco?» El dependiente no comprendió lo que quería decir su cliente: «¿Cómo? ¿Qué niño es ése? ¿Y lo ha encontrado usted?» Ahora el hombre del pantalón verde pedía ya un tercer vaso. Contestó: «Eso es lo malo. Que se ha perdido de verdad.» En ese momento llegaron a la taberna nuevos clientes. Era un grupo de alegres albañiles, dispuestos a calentarse un poco el estómago. El dependiente los conocía y comenzó a hablar con ellos, al tiempo que introducía una cañita en una botella de a litro. El hombre del pantalón verde seguía bebiendo, callado.

La madre del niño estaba todavía bastante excitada. Su marido le dijo: «En España no hay raptores de niños. Tú misma has hablado con el policía, ¿y qué te ha dicho? Tú has oído lo que te ha dicho. Nuestro hijo dormirá esta noche en su camita, como

de costumbre.» La madre del niño se levantó del sofá y aproximóse a la ventana. Era ya de noche. Pero no habían dado aún las diez. El padre del niño dijo: «Ve y dile a esa mujer que acabe ya de llorar. ¡Es horrible cómo se pone!»

El niño caminaba ahora por la calle de Alcalá de la mano de un hombre, ataviado de conserje. No hablaban e iban un poco de prisa. Estaban llegando a la casa. El conserje miró al niño y le preguntó: «¿Cuántos años tienes?» «Diez», contestó el niño. Y, tras una breve pausa, añadió: «Allí es mi casa.»

Aquella noche nadie pensaba cenar en la casa. Es natural. La doncella se había puesto enferma y le ordenaron que se acostase en seguida. A poco había conseguido dormirse. El padre del niño estaba en pie, y se paseaba de un lado a otro. El niño estaba hablando mucho. Mientras tanto, su madre, calmada por completo, derretía, en un vaso de leche, con una cucharita, el azúcar. Estaba sentado al lado de su hijo: «Anda, bébete la leche—le dijo—. Luego seguirás contando esas cosas.» El niño obedeció. Entonces el padre dijo: «¿Es necesario que siga contando tonterías? Pensemos en cenar nosotros. Ya se acabó todo. Ya sé lo que tengo que hacer yo con un niño como éste. Todo lo que cuenta es tan absurdo, tan absurdo.» Ahora el niño se puso a llorar mirando a su padre, que, arrepentido de lo que había dicho, se le acercaba. La madre musitó: «No sé por qué dices que es absurdo. El niño está contando que se ha perdido en una casa llena de cuadros colgados. ¿Es eso absurdo?» El padre lo sentó en sus rodillas, y le secaba las lágrimas con un pañuelo; también le secaba la barbilla, mojada de leche. Le dijo al niño: «No llores más, hijo mío. ¡Cuéntanos, cuéntanos! ¿Qué había en esa casa?» El niño se puso de pronto alegre: «Había muchos cuadros colgados. Era una casa muy grande, con las habitaciones vacías llenas de cuadros de muchos colores. La casa estaba en el mismo parque. Yo subí unas escaleras y entré...» El padre le interrumpió, y dijo, mirando a la madre: «Ese hombre que le trajo era un conserje; ¿se ha ido ya? Podíamos haberle preguntado. Debíamos haberle preguntado. Tal vez sabe qué casa era ésa. Seguro que es el palacio de algunos marqueses. Pero ¿dentro del parque hay palacios?» El niño no decía nada; ahora tenía sueño. La madre dijo: «No, ese hombre no se ha ido. Está en la cocina. Yo le he pedido que se quedase a cenar aquí.» El niño ahora estaba casi dormido. Y la madre lo llevaba de la mano a su cuarto. Ni ella ni su esposo sabían nada más que lo que había contado el niño, que parecía extraordinariamente

Caballero :

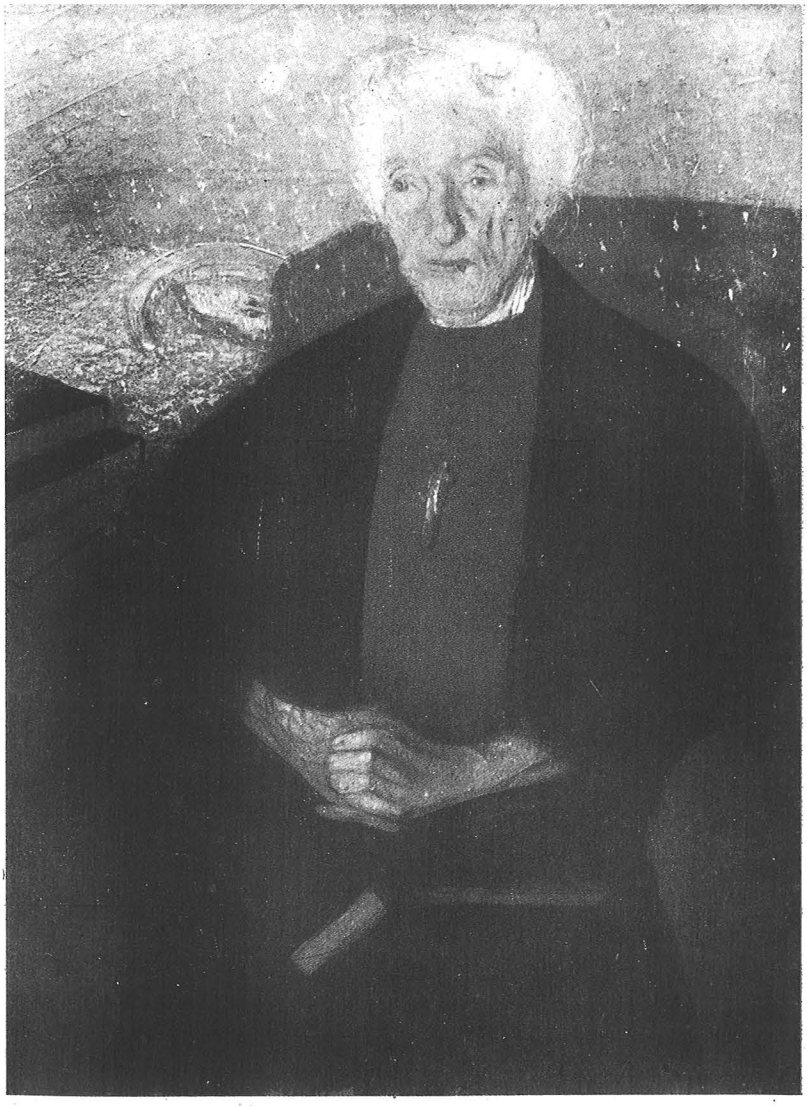
Raptoras de nidos.

Redondela :

Paisaje de la iglesia.

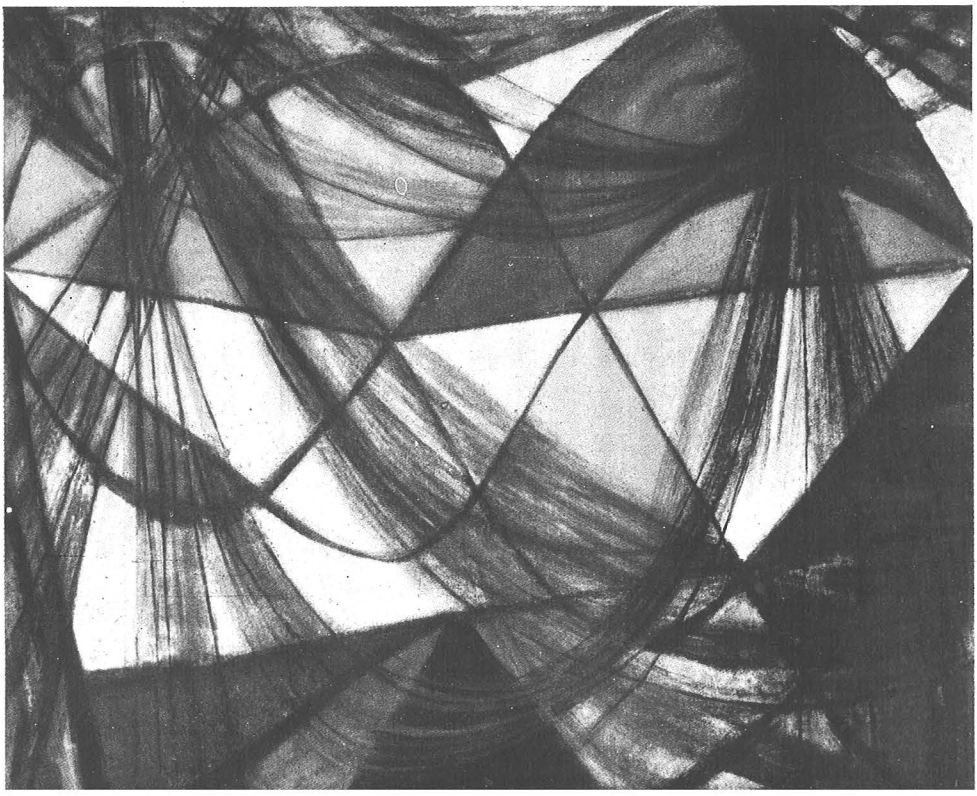
Zabaleta :
Nocturno.
(fragmento)

C. Pascual de Lara : *La Natividad.*

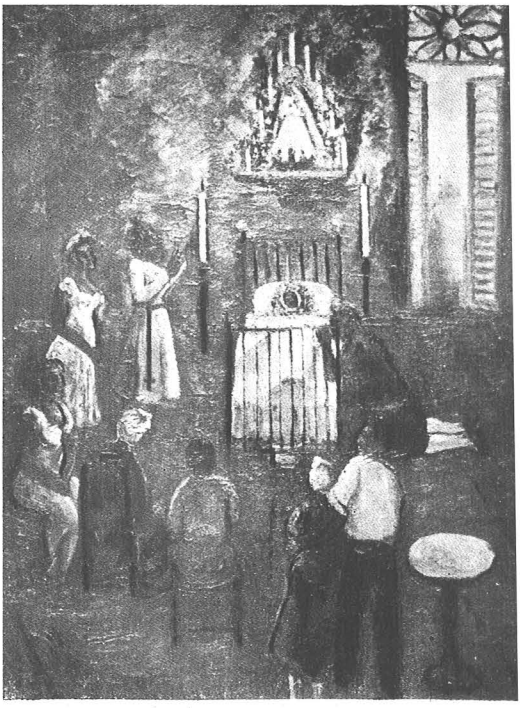


Cossío : *Retrato de la madre del pintor.*

Mampaso : *Redes y verdes.*



Llimona : *Figura cosiendo.*



De la Campa : *Velori*

absurdo. No había podido decir qué clase de cuadros eran aquéllos, sino que eran muy grandes y llenos de colores, pero que no representaban («¿Qué representaban?», le había preguntado el padre), no representaban nada. Unicamente había dicho que en uno de ellos había un caballo sentado en una silla. Todo era muy extraño.

El conserje estaba cenando en la cocina. No había querido aceptar la invitación; pero los padres del niño puede decirse que le obligaron. Ahora estaban también ellos en la cocina, interrogándole. «Y usted, ¿adónde le encontró?», preguntó el padre. Entonces el hombre dijo: «Yo soy el conserje de allí, señor.» «¿De dónde allí?», inquirió con máximo interés el padre del niño. La madre quería saber, cuanto antes, lo que contestaba. Y el conserje dijo: «Yo soy el conserje del Palacio de Exposiciones.» El padre interrogó: «Pero ¿de qué Palacio habla?» «Del Palacio de Exposiciones, señor. ¿Usted no sabe nada? Comprendo: ustedes no son españoles, ¿verdad?», dijo el conserje. La madre contestó que no eran españoles, y quiso saber si se trataba, como era de suponer, de una Gran Exposición de Pintura. Naturalmente, el conserje aseguró que sí, que se trataba de eso. Preguntó el padre: «Y ¿qué Exposición es ésa?; ¿quiere decírmelo?» El conserje contestó: «Es la Bienal, ¿usted no lo sabe? Está en el parque. Vayan ustedes a verla.» Terminó de comer una sardina frita y se marchó. Los padres del niño fueron a acostarse.

CARLOS EDMUNDO DE ORY

¿NO HA VISTO «PAISAJE», DE TAPIES?
AQUÍ LO TIENE.

La mitad superior, azul Prusia y tierras. La mitad inferior, con predominio de violetas, azules, verdes, negros y blancos. Un mundo, un espacio sobre otro, unidos por el gran disco de planeta que, flotando entre ellos, los comparte exactamente. Por todo el lienzo, esgrafiados, líneas y símbolos arañados, para expresar mejor así su fantasmal figuración.